

EL ROMANCE DE "LAS SEÑAS DEL ESPOSO"
EN ESPAÑA Y EN AMERICA

ESTUDIO CRITICO Y ANALITICO DE SU ORIGEN
Y SUS DERIVACIONES

Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal.

I

EL ROMANCE DE "LAS SEÑAS DEL ESPOSO"

AL estudiar la historia de la canción de Mamburí con sus variaciones y antecedentes, nos encontramos con que ella se deriva de un romance conocido, pero al mismo tiempo examinamos como caso curioso la hibridación de uno de ellos con el de "Las señas del esposo", en una variante que fue inventada en los años de la Guerra de Sucesión de España, a principios del siglo xviii, con la entrada de Felipe de Anjou, que llevó el número quinto de España. En este romance acomodaticio a las circunstancias, la dama pregunta a un soldado que llega de incógnito a su tierra, si conoce al esposo, para lo cual da las señas completas: que es gentilhombre, cortés, monta un potro pelicano, más rápido que un caballo inglés. Su espada tiene cinturón de morlés y en la silla están grabadas las armas del rey. El soldado responde que sí lo conoció, pero le da la mala noticia de que hace un mes murió, y dejó en su testamento que el soldado que está presente se case con la linda viuda:

No permita Dios del cielo,
ni mi madre Santa Inés,
que fembra de mi linaje
se case más de una vez.

Luégo le explica lo que piensa hacer con sus hijas. La mayor será casada; la segunda se hará monja y la última la habrá de acompañar siempre en los quehaceres domésticos. El soldado responde:

No vos acuitéis, señora,
señora, no os acuitéis.
Miradme, miradme el rostro,
por ver si me conocéis.

La dama sorprendida reconoce que está delante de su propio esposo, y exclama llena de júbilo que él es su amado Mamburú, y desmayóse en sus brazos. Cuando volvió en sí, fuéronse a ver al rey, quien los recibió alborozado, cuando ellos caían a sus pies. Y termina con la consabida copla ya citada anteriormente:

Este es el Mamburú, señores,
que se canta del revés.
Y una gitana lo canta
en la plaza de Aranjuez.

Este es un ejemplo típico del viaje de las leyendas, coplas y romances en general, a través de la geografía folclórica y emocional de todos los países, como lo demuestran todos cuantos se han ocupado de este tema.

Efectivamente: si nos pusiéramos a repasar todas las colecciones de Cancioneros y Romances, desde el de Constantina, de 1502, el Cancionero General de Hernando del Castillo, de 1511, en donde ya encontramos algunos pocos romances, el de Martín Nucio, en Amberes, sin fecha, pero que corresponde al año de 1545, el de Esteban de Nájera, de 1550, encontraremos que casi todos ellos han hecho su recorrido por todas partes del mundo, con los cambios que los poetas populares, los juglares o los cortesanos en muchas ocasiones, han querido hacer para amoldarse a los caprichos de las circunstancias acomodaticias, de personajes y lugares.

La bibliografía de este maravilloso género literario, el más español de todos, y en donde podemos ver la flor inmarcescible de la verdadera poesía, es de una riqueza sin término, siendo de notar que quienes mejor han estudiado el tema hasta la mitad del siglo pasado, fueron extranjeros, de preferencia alemanes, como lo demuestran las magníficas colecciones de Jacobo Grimm en 1815; las de Wolf y Conrado Hofmann, en "Primavera y Flor de Romances", publicada en Berlín el año 1856; las de don Juan Nicolás Böhl de Faber, quien al mismo tiempo que difundía las ideas románticas de Schlegel, publicaba su "Romancero" con eruditas notas explicativas. A estos debemos agregar las hechas por españoles en el siglo XIX y las que se pretenden hacer con carácter casi exhaustivo en el presente. De lo primero hay que citar a don Agustín Durán en su "Romancero General", el "Tesoro de los Romanceros y Cancioneros españoles", de don Eugenio de Ochoa, el "Tra-

tado de los Romances viejos" por don Marcelino Menéndez Pelayo, la "Antología de la poesía lírica española", que en sus últimos volúmenes reproduce algunos de estos y los aumenta considerablemente, con las notas más completas sobre la materia, "Los romances en América y otros estudios", del ilustre don Ramón Menéndez Pidal que también es autor de "Flor nueva de Romances viejos", y que desde hace varios años está trabajando en la mayor recopilación del género que se haya hecho hasta la fecha.

Pues bien: muchos de esos romanceros en su mayor parte anónimos, o cuyos autores han desaparecido por completo, para darle la creación al poeta pueblo, como lo dice don Antonio Machado, tienen en los diversos países sus variantes de lugar y de nombres, con aditamentos curiosos, que casi se los desfigura por completo, pero que se les descubre la vena por algunos versos sueltos, de una manera especial, por el argumento que, aunque se le ha cambiado mucho, siempre conserva algo de su primitivo origen.

De la clasificación ya generalizada de los romances, según don Marcelino Menéndez Pelayo, es decir, de los históricos sobre el Rey don Rodrigo y la pérdida de España, Bernardo del Carpio, Fernán González, los Infantes de Lara, El Cid, etc.; los del ciclo corolingio, del bretón, los novelescos sueltos y los líricos, el que menos ha sido cambiado es el primero, por ser de los más antiguos que se refieren a hechos demasiado concretos de la historia. En cambio los fronterizos y moriscos y los restantes que se han citado, fueron saqueados a porrillo, pero muchos de ellos mejorados con el cambio. De una manera principal deberemos citar como prueba convincente, además del Mambrú que ya está estudiado, el de la "Esposa infiel", que en el Romancero de Aguilar empieza:

Blanca sois, señora mía
 más que el rayo del sol:
 si la dormiré esta noche,
 desarmado y sin pavor...

y que en la variante andaluza dice:

Estando un caballerito
 en la isla de León,
 se enamoró de una dama,
 y ella le correspondió,
 que con el aretin,
 que con el aretón...

La versión judía:

¿De qué lloras, blanca niña,
 de qué lloras blanca flor?
 —Lloro que perdí las llaves,
 las llaves de mi cajón...

Don Ramón Menéndez Pidal, en "Flor Nueva de Romances Viejos" trae muchas versiones de "La amiga de Bernal Francés":

Sola me estoy en mi cama,
namorando mi cojín.
¿Quién será ese caballero,
que a mi puerta dice: —Abrid?

La versión judía:

Ya n'hi truan a la porta.
Ola, ola, ¿qui va assí?
Sabés que fos don Francisco,
luego la aniría abrí;
sabés que fos mi marido,
primero calzá y vestí...

Uno de los romances que más versiones tiene es sin duda el de Delgadina, del cual don Marcelino hace en su "Antología" los más fuertes comentarios sobre su inmoralidad, pero se escandaliza aún más de las réplicas o variantes que los franceses han hecho del referido romance. El de Durán, recogido en Asturias, dice:

El buen rey tenía tres hijas,
muy hermosas y galanas;
la más chiquitina de ellas,
Delgadina se llamaba.
Delgadina de cintura,
tú has de ser mi namorada...
—No lo quiera Dios del cielo,
ni la Virgen soberana...

En Andalucía no hablan del "buen rey" sino de un moro:

Tres hijas tenía el rey moro,
más bonitas que la plata,
y la más rechiquitica,
Algarina se llamaba...

En el grandioso homenaje que el mundo hispano le hizo al ilustre don Ramón Menéndez Pidal tomaron parte principalísima con admirables estudios sobre los romances españoles en América, Pedro Henríquez Ureña y Bertram Wolfe, concretados especialmente a los tradicionales de México. Ellos recogieron en los diferentes Estados de esa gran nación hermana, muchísimas variantes, una de las cuales empieza:

Delgadina se pascaba
por sus salas bien cuadradas,
con su santo Cristo de oro
que en su pecho le brillaba.

Levántate Delgadina,
 ponte tus naguas de seda,
 pa que vayamos a misa
 a la ciudad de Morelia...

Como el padre incestuoso encontró una valla en la virtud de la hija, la encerró en una pieza de su casa hasta que murió de sed y de hambre:

Delgadina estaba muerta
 dándole cuenta al Criador,
 y su padre en el infierno
 dándole al diablo mayor.
 La cama de Delgadina
 de ángeles está rodeada,
 y la cama de su padre,
 de diablos está apretada...

Otro de los romances más explotados en todas partes, sobre todo en los países hispanoamericanos, es el de "El caballero que busca esposa", que se canta y baila en todos los pueblos de Colombia, y en algunos de ellos se han hecho acomodados curiosos que oportunamente se comentarán. ¿Quién no conoce el juego de ronda de:

Jilito, jilito de oro,
 yo jugando al ajedrez
 pregunta una gran señora,
 qué lindas hijas tenés?

Don Francisco Rodríguez Marín en su obra monumental: "Cantos populares españoles", en el primer tomo que trata de rimas infantiles trae esta variante:

Cordoncito de oro traigo
 que se me viene quebrando,
 preguntando, preguntando,
 cuántas hijas tiene el rey.
 Que tenga las que tuviere,
 con ellas me mantendré,
 y de todas las que tengo,
 escoja la más mujer...

En el "Cancionero de Palacio", con música también de autor anónimo, como casi todos esos cantos, aparece la historia de "La malmaridada", que tiene la particularidad de no ser romance sino un verdadero zéjel, es decir, de pura estructura árabe en su métrica, y que por su novedad lo copio completo:

¿Qué me queréis, el caballero?
 Casada me soy, marido tengo.
 Casada me soy y a mi grado,

con un caballero honrado,
 bien dispuesto y bien criado,
 que más que a mí yo lo quiero.
 Casada me soy, marido tengo.
 Casada soy la sin ventura,
 nada ajena de tristura,
 y pues hice tal locura,
 de mí misma yo me vengo.
 Casada soy, marido tengo.

Este metro arábigo fue posteriormente puesto en romance como aparece en el libro recogido por Antonio G. Solalinde:

La bella malmaridada,
 de las lindas que yo vi,
 te veo triste, enojada,
 la verdad díla tú a mí.
 Si has de tomar amores
 por otro no dejes a mí,
 que a tu marido, señora,
 con otras dueñas lo vi...

De "La esposa difunta" hay muchos relatos diferentes:

¿Dónde vas, el caballero,
 dónde vas, triste de ti?
 Muerta es tu linda amiga,
 muerta es que yo la vi.

Como dato curioso es bueno recordar que cuando murió la esposa del Rey Alfonso XII, se hizo en Madrid la parodia conocida:

¿Dónde vas Alfonso XII,
 dónde vas tan triste así?
 —Voy en busca de Mercedes
 que ayer tarde la perdí.
 Ya Mercedes está muerta,
 es muy cierto, yo la vi.
 Cuatro duques la llevaban
 por las calles de Aldaví.
 Ella triste y solitaria,
 dicen que de amor murió,
 pues tu rango y tu nobleza,
 ella nunca ambicionó...

Y así podríamos seguir comentando indefinidamente las réplicas de romances novelescos y líricos hasta la fatiga, ya que tenemos un acervo interminable de documentos, pero de una manera especial queremos concretarnos al romance de las "Señas del Esposo", al cual nos hemos referido varias veces, y que aparece como anónimo en muchos

Romanceros. Sin embargo hemos encontrado su autor que responde al nombre de don Juan de Rivera, de quien nada nos dicen los mejores estudiosos de la literatura española, según las investigaciones hechas en los principales tratadistas. Sin embargo, en el "Manual del Librero Hispanoamericano", una de las obras cumbres de la bibliografía española, hallamos los siguientes datos: que es autor de una obra en latín sobre temas religiosos; de "Declaración del Credo y Símbolo de los Apóstoles" y de la "Oración del Paternoster", impresa en Madrid, por Luis Sánchez, en 1591, y sobre todo, para lo de nuestro interés, de "Nueve Romances", publicada en Valencia en el año de 1605, en donde está el romance que empieza:

Paseábase el buen conde,
todo lleno de pesar,
cuentas negras en sus manos,
do suele siempre rezar . . .

y, el romance de las "Señas del Esposo":

Caballero de lejas tierras,
llegáos acá y paréis,
hinquedes la lanza en tierra,
vuestro caballo arrendéis,
preguntaros he por nuevas,
si mi esposo conocéis . . . etc.

Pero como tiene tanto material de estudio, historia y derivaciones importantes, será materia de otro capítulo.

II

A TRAVES DE LOS ROMANCES

En párrafos anteriores descubrimos quién era don Juan de Rivera y hablamos rápidamente de sus nueve romances, uno de ellos, el de "Las señas del Esposo", que es conocido por otra parte en todo el mundo, del cual se han hecho infinidad de variantes, pero que tal vez, como procuraremos demostrar, no es original del poeta casi desconocido, sino que él lo tomó casi seguramente del portugués, y de todos modos el tema es netamente folclórico, ya que está en el ambiente del pueblo de muchos países, hasta llegar en la Colonia a América española, que se apoderó de él y lo ha transformado a su talento. El verdadero, tal como lo escribió su autor, el poeta Rivera, y que empieza: "Caballero de lejanas tierras", la dama pregunta si éste conoce a su esposo. Al averiguar por las señas, ella le responde:

Mi marido es mozo y blanco | gentilhombre y bien cortés | muy
gran iugador de tablas | y también del ajedrez. | En el pomo de su

espada | armas trae de un marqués, | y un ropón de brocado | y de carmesí el envés. | Cabe el fierro de la lanza | trae un pendón portugués | que ganó en unas justas | a un valiente francés.

—Por esas señas, señora, | tu marido muerto es: | En Valencia lo mataron, | en casa de un ginovés. | Sobre el juego de las tablas | lo matara un milanés. | Muchas damas lo lloraban, | caballeros con arnés, | sobre todo lo lloraba | la hija del ginovés. | Todos dicen a una voz | que su enamorada es. | Si habéis de tomar amores, | por otro a mí no dejéis.

—No me lo mandéis, señor, | señor, no me lo mandéis, | que antes que eso hiciéseis, | señor, monja me veréis.

—No os metáis monja, señora, | pues que hacello no podéis, | que vuestro marido amado, | delante de vos lo tenéis.

En el “Cancionero General”, recopilado por Hernando del Castillo, en “Silva de varios romances”, en “El cancionero de romances”, en la recopilación del señor Durán y de Wolf, y hasta en “Las guerras civiles de Granada”, de Ginés Pérez de Hita, que recogió varias producciones de esta clase, hemos encontrado temas análogos al de don Juan de Rivera, sin que pudiéramos asegurar que éste plagió de los otros, sino que las circunstancias parecidas inspiraron a los diferentes poetas, además de que la tradición de la leyenda se extendió por todos los pueblos europeos. En primer lugar, tendríamos que remontarnos nada menos que a la Odisea, ya que tanto Penélope, como su hijo Telémaco preguntaban por el esposo y padre respectivamente, sobre todo el último que hizo la maravillosa peregrinación por esos mares hasta llegar a la isla de Calipso, en busca de su padre. Los romances tan conocidos del Conde Dirlso mucho se asemejan a nuestra comentada obra. La leyenda, según lo afirma don Marcelino Menéndez Pelayo en su famosa “Antología de la poesía lírica española”, en diez tomos, aparece en Grecia, está en las baladas alemanas, en alguna saga escocesa, en el folclor inglés, en los fabliaux franceses, en donde la protagonista es Germanine o Germine, y uno de esos laids, tiene precisamente el título de “Le retour du Mari”. En las canciones bretonas hemos hallado “La esposa del Cruzado”, de tema análogo; en Italia figura la canción popular “La Prova”. Y quien quisiese profundizar más este amplio tema, podría documentarse en don Agustín Durán, en las “Notas a los romances de la tradición oral”, y en el número primero de “Cultura española”, cuyo capítulo pertinente se intitula: “Los romances tradicionales en América”, con el fin de estudiar el viaje de éste a todos nuestros países hispanoamericanos.

El romance español de Rivera está tomado de un Códice del siglo xvi y lo publicó el mencionado señor Durán a fines de la segunda década del xix en su “Romancero”, que después fue incorporado en la Biblioteca de Autores Españoles, colección de Rivadeneyra en los volúmenes X y XVI. El poeta valenciano Juan de Timoneda, que Cervantes lo cita en “Los baños de Argel”, y que lo hace figurar como dueño de una casa editorial, para publicar las obras de Lope de Rueda, recogió también otro romance casi igual que lo publicó en su colección “Rosa de romances” editada en 1573, y que, como se ve, es

muy anterior a la hecha por don Juan de Rivera, que tiene la fecha de 1605, como lo hemos visto anteriormente. De paso diremos algunas palabras más sobre este autor, ya que posee el mérito de ser uno de los más antiguos folcloristas en el más amplio significado de la palabra, como lo comprueba su colección intitulada "Sobremesa y alivio de caminantes", aparecida en Zaragoza en 1576, y que según sus propias palabras, "es un conjunto de apacibles y graciosos cuentos dichos muy facetos y exemplos acutisimos para saberlos contar en esta buena vida". Uno de ellos, según el resumen de J. de la Serna, es el siguiente: "Un capellán de aldea comía un palomino, y un caminante le rogaba que le diera parte, que él le pagaría. El capellán se negó y el otro comió su pan a secas; pero al terminar le dijo: 'Vos al sabor y yo al olor, entrambos hemos comido del palomino'. Entonces el capellán le quiso cobrar su parte, y como el caminante se negase indignado, pusieron por juez al sacristán de la aldea. Este pidió una moneda al caminante, la hizo sonar en una mesa y dijo: 'Reverendo, os tenéis por pagado del sonido, así como el del olor ha comido'. Dijo entonces el huésped a los dos: 'A buen capellán mejor sacristán'. Y se fue con la moneda".

La versión más antigua del romance de las "Señas del Esposo" parece estar en Portugal, según lo demostró el señor Almeida Garret en su magna obra intitulada "Romanceiro", con el título: "La Bel-la Infanta", que empieza:

Estava la bel-la infanta
no seu jardim assentada.

En Cataluña hay dos romances con tema parecido: "Blancaflor" y "La vuelta del peregrino", según lo hemos podido ver en la admirable obra del sabio Milá y Fontanals: "Observaciones sobre la poesía popular", publicada en 1853. Pero indudablemente el romance que tiene más parecido es uno de los referentes a Gaiferos, sobre el cual debemos hacer respetuosamente la observación al ilustre don Marcelino Menéndez Pelayo, en el sentido de que en su obra "Antología de la poesía lírica española", tomo IX, dice que el Romance de Gaiferos que tiene más parecido al que comentamos, es el tercero; pero en realidad, éste nada tiene que ver con la dama que pregunta por su esposo, sino que aquí habla nadie menos que el emperador Carlo Magno a su referido sobrino, pues ante todo no debemos olvidar que ellos pertenecen a los Caballeros de la Tabla Redonda, con los de Carlo Magno y los Doce Pares. Empieza así:

No con los dados se gana | ni con las tablas el crédito | ni arrojando leves cañas | reputación entre buenos...

Sabemos por la leyenda carolingia que Melisendra, la esposa de Gaiferos, había caído prisionera del rey moro de Sansueña, es decir, de la antigua Zaragoza, y que en lugar de ir a libertarla, se dedicaba a jugar al ajedrez y a las tablas con Guarinos, el almirante del mar. Carlo Magno lo recrimina fuertemente por su desamor e indiferencia. No se gana la gloria solamente con libreas ni con femeniles juegos, sino con

arneses, espada y lanza cuando llegue la ocasión. En Sansueña está preso su honor en la persona de su esposa. Debería ir a libertarla:

No por ser hijo de un rey,
ni de un emperador yerno,
pretendáis que sois ilustre
si no lo son vuestros hechos.

Prosigue el romance con los más altos conceptos sobre el honor y la dignidad del caballero y del héroe. Es noble quien tiene honrados designios. Débese dar buen ejemplo con las obras:

Si como tenéis las causas,
tuvierades los efectos,
no estuviera vuestra esposa
en Sansueña ha tanto tiempo;
que cuando no os obligara
el conyugal sacramento,
obligáos ser mujer,
si fuérais buen caballero.
No lo sois, pues que no hacéis
el debido cumplimiento...

A Gaiferos, como esposo, le toca ir a libertarla de los moros, y especialmente del rey Almanzor que la tiene prisionera para hacerla su esposa. No debería perder tiempo en el juego o le tocaría en cambio al mismo emperador ir a libertar a su hija adoptiva. Si aquel no quiere hacer como joven lo que él puede hacerlo como viejo, la honra del esposo correrá por todas partes hecha pedazos; y por último le dice en una profunda reticencia cuanto podría pasar:

Considerad que es mujer
cautiva, ausente y con celos;
no quiero deciros más,
miradlo, pues sois discreto.
Esto dijo Carlo Magno
a su sobrino Gaiferos,
que estaba jugando tablas
con el valiente Oliveros.

Como se ve, este romance, si bien prepara la marcha del esposo de Melisendra a Sansueña con el fin de libertarla de los moros, no tiene nada que ver con el relativo a las "Señas del Esposo", como nos lo dice don Marcelino Menéndez Pelayo en la obra citada; en cambio, en el cuarto que es bellísimo aunque largo, sí hay pasajes que se relacionan con el que es objeto de nuestro estudio. Debemos advertir que éste se halla como verdaderamente anónimo en el "Cancionero de Romances", en la "Floresta de varios romances" con más de diez variantes, pero don Eugenio Ochoa, en su comentado "Tesoro de los Romaneros", dice que "lo he trasladado de un manuscrito muy antiguo que

tengo a la vista". Y agrega: "Además, contiene la historia que maese Pedro recitaba enseñando el retablo que consigo conducía"; pero en realidad, con perdón de tan insigne recopilador, don Agustín Durán lo publicó mucho más antes en su "Romancero", y está marcado, por más señas, con el número 377. Por otra parte el señor Ochoa, que fue un gran admirador de don Agustín, en el prólogo de su citada obra manifestó tanto su admiración por éste, que copió casi íntegramente su "Discurso Preliminar", de su obra publicada en 1832.

En el tomo IX de la "Antología", de Menéndez Pelayo, marcado con el número 56, hay un romance intitulado "La viuda fiel", que tiene alguna reminiscencia con el de "Las señas":

Estando en la puerta un día | bordando la fina seda, | vi venir un caballero | por la alta Sierra Morena. | Atrévime y preguntéle | si venía de la guerra.

Prosigue la esposa dándole cuenta de que allá fue su marido a pelear a favor del rey. El caballero pregunta por las señas con el fin de darle alguna noticia:

"Pues lleva caballo blanco, | la silla dorada y negra, | y en lo alto de la silla, | retrato de una doncella".

Como le respondiera que su esposo murió de una lanzada en manos de su enemigo, ella compungida responde:

"¿Quién me va a calzar de plata? | ¿Quién me va a vestir de seda?

—Venga conmigo, señora, | señora, conmigo venga. | Yo la calzaré de plata, | yo la vestiré de seda, | no la mandaré hacer nada, | sino es contar la moneda..."

Aquí, como se ve, la variante es que el interlocutor no es el esposo, como en las otras narraciones, y termina rechazándolo porque es fiel a su recuerdo.

Algo semejante a nuestro romance, pero más cercano al anterior, es el de Nuño Vero, que es popular en España y aún lo cantan los judíos españoles de Salónica:

Nuño Vero, Nuño Vero, | buen caballero probado, | hinquedes la lanza en tierra | y arrendedes el caballo. | Preguntaros he por nuevas | de Valdovinos el franco. | Aquestas nuevas, señora, | yo vos las diré de grado. | Esta noche a media noche | entramos en cabalgada | y los muchos a los pocos | lleváronnos de arrancada; | hirieron a Valdovinos | de una mala lanzada. | La lanza tenía adentro, | de fuera le tiembla el asta. | O esta noche morirá | o de buena madrugada. | Si te pluguiese, Sevilla, | fueses tú mi enamorada. | Nuño Vero, Nuño Vero, | mal caballero probado.

Y la viuda termina también rechazándolo.

En los poemas épicos de "La Table Ronde" franceses, existen los mismos temas hasta una indefinida variedad que va no es el caso proseguir, pero que allá toma la dama el nombre de Bellissent, hija de Carlo Magno, en el poema de "Amis et Amille". Sin embargo, quedaría inconcluso el tema si no hablásemos del "Romance Cuarto", de Gaiferos, que hemos anunciado, del de "La bella Ava de Aviñón", de las variantes que se han hecho en la América Española; y sobre todo, ya que don Eugenio de Ochoa nos lo ha recordado, estudiaremos las referencias que Cervantes hace de este Romance en su "Don Quijote de la Mancha", capítulo XXVI de la Segunda Parte, del cual dice don Clemente Cortejón, al hablar de Maese Pedro y su retablo, que "da materia a la inimitable, a la prosa divina de este capítulo, historia, que como se dice allí, es sacada al pie de la letra de las corónicas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes por esas calles", siendo finalmente todo ello, como dice la crítica, "el triunfo soberano del humorismo romántico".

III

GAIFEROS Y MELISENDRA

El romance cuarto, de Gaiferos, anónimo y épico por excelencia, al cual nos hemos referido, si trata de las señas del esposo, como lo vamos a demostrar, pero antes debemos dar el argumento principal: Gaiferos está jugando ajedrez en el palacio real, cuando entra el emperador Carlo Magno y le increpa su proceder. Si fuese tan hábil para las armas como para el juego de las tablas, habría de ir a buscar a su esposa Melisendra que está cautiva de los moros en la ciudad de Sansueña; ella es su hija adoptiva quien si se hubiese casado con otro, éste ya estaría cumpliendo su deber. Gaiferos reaccionó inmediatamente, y habría arrojado las piezas si no hubiese sido por respeto a su compañero, el conde Guarinos, almirante del mar. Aquel empezó a llamar a voces a su tío don Roldán, quien en ese momento estaba con Oliveros, Durandarte y otros de los Doce Pares de Francia, y le habló de esta manera:

Por Dios os ruego, mi tío, | por Dios os quiero rogare
 vuestras armas y caballo | vos me los queráis prestare
 que mi tío el emperante | tan mal me quiso tratare
 diciendo que soy para juego | y no para armas tomare...

(De paso y como un simple paréntesis, alguien observaba que Gaiferos habla aquí como ciertos locutores de radios bogotanos, añadiéndole siempre una e a las palabras finales agudas).

Luego le cuenta, o mejor dicho, le recuerda que durante tres años buscó a su esposa por montes y valles, comiendo hojas del bosque, carne cruda, bebiendo sangre de animales, con los pies descalzos, las

manos despedazadas y nunca pudo hallarla; ahora sabe que está en Sansueña prisionera del rey moro, pero no tiene armas ni caballos, porque todo se llevó Montesinos a unos torneos de Hungría, y por ello le suplica se digne proporcionarle esos elementos para ir a libertarla. Don Roldán lo recrimina más fuertemente y le dice que hace siete años Melisendra está prisionera y él ha tenido armas y caballos, sin que se haya acordado de ella, que no le facilitará ni una ni otra cosa, por temor de que se le vuelvan cobardes. Gaiferos, enfurecido, quería desafiar al tío, si no fuera tal, para demostrar su valor, y los caballeros se interponen para evitar algún desafuero. Don Beltrán, complacido por el coraje del sobrino, le dice que lo ha tratado así porque bien lo quiere,

Si fuerades mal caballero | no os dijera yo esto tale,
mas porque sé que sois bueno | por eso os quise así hablare,
que mis armas y caballo | a vos no se han de negare,
y si queréis compañía | yo os quisiera acompañare...

Gaiferos rechaza la propuesta y quiere ir solo; monta en el famoso caballo y todos lo despiden con tristeza porque temen por su vida. Don Beltrán entonces lo llama antes de partir y le da su espada invencible, pero le aconseja que primero se despida de la condesa su madre, pues ella le dará los caballeros necesarios para su empresa. Y Gaiferos contesta:

Acuérdese que me perdió | chiquito y de poca edad,
haga cuenta que de entonces | no me ha visto jamás...
que yo no volveré a Francia | sin Melisendra tomar...

Gaiferos va está en tierra de moros. Los quince días de jornadas comunes los ha hecho en siete. En el camino iba maldiciendo de todo: del pan, del agua, de los árboles, de las madres que no poseen sino un hijo, pues ella no tendrá quién la vengue si éste muere por defenderla. Llega a Sansueña en viernes, cuando los moros están de fiesta fuera de los muros ciudadanos. Apenas vio a un cristiano cautivo que andaba por los adarves y le pregunta que si allí vive una cristiana bella sobremanera y de altísimo linaje. Contéstale que hay muchas con esos distintivos, pero entre todas una, a quien el rey Almanzor la trata con especial preferencia. Varios reyes moros desearían casarse con ella, pero aquel la tiene destinada para sí. Indícale en dónde está el palacio real, en la más grande de las plazas. Gaiferos fuese allá y,

Vido estar a Melisendra | en una ventana grande
con otras damas cristianas | que están en captividade.
Melisendra que lo vido | empezara de llorare,
no porque lo conociese | en el gesto ni en el traje,
mas en verlo con armas blancas | acordóse de los Pares,
acordóse de palacios | del emperador su padre,
de justas, galas, torneos | que por ella solían armare...

Con voz triste y muy llorosa | le empezara de llamar:
 —Por Dios ruego, caballero | queráisos a mí llegar,
 si sois cristiano o moro | no me lo queráis negar.
 Daros he unas encomiendas | bien pagadas os serán.
 Caballero, si a Francia ides, | por Gaiferos preguntad,
 decidle que la su esposa | se le envía a encomendar,
 que ya me parece tiempo | que la debía sacar.
 Si no me deja por miedo | de con los moros pelear,
 debe tener otros amores, | de mí no lo dejan acordar:
 los ausentes por los presentes, | lijeros son de olvidar.
 Aun le diréis, caballero, | por darle mayor señal,
 que sus justas y torneos, | bien las supimos acá.
 Y si estas encomiendas, | no recibe con solaz,
 daréislas a Oliveros, | daréislas a don Roldán,
 daréislas a mi señor, | el emperador mi padre...
 que si presto no me sacan, | mora me quieren tornar,
 casarme han con el rey moro | que está allende la mar.
 De siete reyes de moros, | reina me hacen coronar...
 Mis amores de Gaiferos, | no los puedo yo olvidar.
 Gaiferos que esto oyera, | tal respuesta le fue a dar:
 —No lloréis, la mi señora, | no queráis así llorar,
 porque esas encomiendas, | vos mesma las podéis dare,
 que a mí allá dentro en Francia, | Gaiferos suelen nombrarme.
 Soy el infante Gaiferos, | señor de París la grande,
 primo hermano de Oliveros, | sobrino de don Roldane;
 amores de Melisendra, | son los que acá me traen.

Melisendra, questo vido, | conociólo en el hablar;
 tiróse de la ventana, | la escalera fue a tomar,
 salióse para la plaza, | donde lo vido estar.
 Gaiferos, cuando la vido, | presto la fue a tomar;
 abrázala con sus brazos, | para haberla de besar...

* * *

Este bellissimo romance que pertenece, como hemos dicho, a los del Ciclo Carolingio y de los Doce Pares, se refiere a hechos sucedidos en parte, pero generalmente novelescos y legendarios del siglo ix en Francia, pero que apareció la composición en el xv o a comienzos del xvi; de todos modos fue publicado al principio en "pliegos sueltos", y luego en libro, en el "Cancionero de Romances" y en "La Floresta de Varios"... y como dato curioso, es uno de los más extensos citados por Cervantes, en "Don Quijote de la Mancha", capítulo XXVI de la Segunda Parte.

Y aquí podríamos terminar lo referente a "las señas", pero francamente, creeríamos defraudar al público si no regaláramos con el resto del romance que contiene una de las bellas leyendas con episodios novelescos de verdaderos caballeros andantes, y que por consiguiente, se adelantó, como lo hicieron todas estas narraciones a lo que

más tarde floreció en los libros de caballería, verdaderos invasores del gusto europeo en su época, y que Cervantes dio término a ellos con su obra inmortal. Y, prosigamos:

Ya estaban los esposos reunidos, cuando los vio un guardián moro, que empezó a dar gritos de alarma. Al darse cuenta del hecho insólito, los soldados rodearon siete veces la ciudad; sonaron las mil trompetas, los jefes montaron en sus rápidos corceles. Melisendra, llena de valeroso amor, daba fuerzas al esposo:

Esforzado don Gaiferos, | no queráides desmayar,
que los buenos caballeros, | son para necesidad.
Si de esta escapáis, Gaiferos, | harto tenéis que contar. . .

Laméntase de que el galán no montara en el caballo de don Roldán, que es invencible al ataque de moros. Este caballo es de él, le contesta; le aprieta la cincha, le afloja el pretal, según la consigna; pone a Melisendra en las ancas del caballo que parte con su carga; salta las vallas, pero miles de moros los persiguen de cerca. Viéndose en mayor peligro, esconde a la esposa en lo más espeso de un bosque y vuelve riendas contra el enemigo. Y cosa de milagro: cuando huía, el caballo era tardo en extremo, pero al enfrentarse, fue un verdadero milagro de ligereza y de valor; hacía temblar la tierra con su galope y despedazaba con sus cascos, tantos moros, como el jinete con su espada. Los moros quedan escandalizados ante tanta proeza. Almanzor cree que el paladín no podrá ser sino el mismo Roldán, Reinaldos de Montalván o Urgel de la Mancha. Gaiferos contestóle que él era primo de Oliveros, sobrino de don Roldán y señor de Paris. Los enemigos volvieron cara a la ciudad, y nuestro héroe recogió a su esposa que temía por él:

Calledes, dijo Gaiferos, | infanta no digas tal,
por más que fueran los moros, | no me podían hacer mal,
que estas armas y caballo | son de mi tío Roldán.
Caballero que las trujere, | no podía peligrar. . .

Después de muchos días y noches de viaje amoroso llegaron a Francia, y encontraron a Montesinos, con quien siguieron el viaje hasta Paris, que los recibió con grandes fiestas:

El emperador les sale, | con él sale Oliveros,
con él sale don Roldán, | con él infante Guarinos,
almirante de la mar, |
con él sale don Bermúdez, | y el buen viejo don Beltrán,
con él muchos de los Doce, | que a su mesa comen pan,
y con él iba doña Alda, | esposica de Roldán,
con él iba Julianesa, | la hija del rey Julián. . .
Las fiestas que les hacían, | no tienen cuento ni par.

En el tomo VIII de la "Antología", de Menéndez Pelayo, hay una significativa variante anónima como casi todas y que empieza desde: "Caballero si a Francia ides", pero al mismo tiempo continúan los cambios y apenas se han recogido algunos versos del original, como podemos verificarlo: "Caballero si a Francia ides, | por mi esposo preguntad; | y porque lo conozcáis, | sin ninguna dificultad, | daros he las señas del | sin ninguna falsedad: | El es dispuesto de cuerpo | y de mucha gravedad, | blanco, rubio y colorado, | mancebo de poca edad, | el cual por ser tan hermoso | temo de su lealtad. | Hablaréisle con crianza | porque en él suele morar; | decidle que su señora | se le envía a encomendar, | que ya me parece tiempo, | de venirme a libertar, | desta prisión en que vivo, | muriendo de soledad, | y se acuerde que me deja | sin ninguna libertad, | que me la llevó consigo, | de mi propia voluntad, | y las justas y torneos, | yo las supe de verdad; | la divisa que sacó | en señal de desamar. | Y si acaso amores tiene | y no los quiere dejar, | decidle de parte mía, | sin ningún temor mostrar, | que ausentes por los presentes, | ligeros son de olvidar".

(Códice del siglo XVI, en el "Romancero General").

Y para terminar este capítulo, quiero citar una mínima parte de un picaresco romance de don Luis de Góngora y Argote, escrito en 1588, en donde hace una burla de lo lindo del anterior al presente, es decir, al verdadero del esposo de Melisendra. Con especial donosura comenta el viaje de quinientas leguas que los esposos citados hicieron en menos de un mes a caballo, desde Sansueña a París, y eso que ella iba a las ancas de la cabalgadura. ¡Cómo estarían los pobres!

Desde Sansueña a París, | dijo un medidor de tierras,
que no había un paso más | que de París a Sansueña.
Mas, hablaban ya en juicio, | con haber quinientas leguas,
las anduvo en treinta días | la señora Melisendra,
a las ancas de un polaco, | como Dios hizo una bestia,
de la cincha allá, frisón, | de la cincha acá, litera.
Llevábala don Gaiferos | de quien había sido ella,
para lo de Dios, esposa, | para lo de amor, cadena.

Y así prosigue el poeta contando cosas muy curiosas pero que ahora no quiero decir. . .

Y por fin, hablaremos en próximo capítulo, de este romance citado por Cervantes, como lo hemos dicho, pero que no fue mencionado por Maese Pedro, como anotó don Eugenio Ochoa, sino por el ayudante del titiritero, cuando exclamó al presentar el retablo de su amo: "... Y vean vuesas mercedes, allí cómo jugando está a las tablas don Gaiferos, | que ya de Melisendra está olvidado", versos que copió Cervantes, de Miguel Sánchez, llamado "el divino".

IV

LA MELISENDRA DE CERVANTES

El capítulo XXV de la Segunda Parte de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", trata de la aventura del rebusno entre dos regidores de pueblos comarcanos y de la historia de un titiritero con las memorables adivinanzas de un mono amaestrado. El conductor de las armas que estaba en una venta contó las incidencias de la historia, "cuando entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón; y, con voz levantada dijo: —Señor huésped, ¿hay posada?, que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra". Como el posadero conocía al personaje, explicó a los huéspedes las maravillas de aquel hombre, la habilidad del mono y cuantas cosas tenía en su retablo.

Cuando Sancho supo que el animal decía el pasado, con todo su gran talento aunque se le ha calumniado llamándole zopenco, le interrumpió: "Voto a Rus, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé sería una gran necesidad..."

Este maese Pedro era nadie menos que aquel Ginesillo de Pasamonte, conocido de autos, desde la Primera Parte de "Don Quijote", y uno de los galeotes a quienes dio libertad el Caballero de la Triste Figura en la historia de Sierra Morena. Por eso, cuando supo que en la venta estaba don Quijote y su escudero y además porque no fue conocido de otros, llevaba un parche en el ojo, que le cubría medio carrillo, con lo cual quedaba desfigurado. Ginesillo o maese Pedro, disimuladamente preguntaba de antemano a las personas viejas y "cuenteras" la vida y milagros de los vecinos, de preferencia las escabrosidades y secretos. Una vez con todo ese acervo de conocimientos, abría su tienda en algún rincón de la plaza pueblerina y por dos reales de plata todos podían preguntar al mono cuanto quisiesen de sus vidas pasadas o presentes. El mono amaestrado, ante una señal del amo, después de hechas las preguntas, saltaba a su hombro, se acercaba a la oreja como quien conversa en secreto, y después de acordado tiempo, volvía a su sitio. Inmediatamente el titiritero, con voz timbrada contestaba la pregunta hecha por el parroquiano, con el asombro de todos, que se tragaban toda la pildora, creyendo a pie juntillas en la sabiduría del mono adivino.

Cuando Sancho le hizo una pregunta sobre su mujer Teresa, siguió el proceso indicado del mono y maese Pedro, quedó mirando a don Quijote y le hizo un elogio elocuente, describiendo sus hazañas y sus virtudes, lo mismo que las bondades del escudero, y ambos aludidos se deshicieron en elogios, con lo cual se comprobó una vez más el poder adivinatorio del mono. El amo de éste fue después a arreglar su retablo con todas sus figuras, hilos y trampas, y mientras tanto el socarrón de Sancho insinuaba a don Quijote preguntase al adivino animal si era verdad cuanto éste decía haber visto en la cueva de Montesinos, pues no le entraba en la mollera que fuese verdad tantas ma-

ravillas contadas. Cuando maese Pedro regresó a dar cuenta que todo estaba listo para la representación de la libertad de Melisendra, don Quijote le rogó respondiera el mono si era cierto cuanto le había acontecido en aquel lugar misterioso. Después de la consabida trama, el titiritero precavido contestó medio salomónicamente, con lo cual no se comprometía, diciendo que parte era auténtico y otra parte falso. La alegría de Sancho no tuvo límites y exclamó triunfante: —¿No lo decía yo, que no se me podía asentar, que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad?

En el capítulo XXVI “se prosigue la graciosa aventura del titiritero con otras cosas en verdad harto buenas”, como reza su título. Todos cuantos habían pagado la entrada estaban listos a contemplar el “esperpento”. Maese Pedro manejaba escondido los hilos, y quien explicaba todo era el muchacho secretario. Después de que callaron los atabales y trompetas, alzó la voz el muchacho y dijo: “Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se presenta, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuestras mercedes allí cómo está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas don Gaiferos,
que ya de Melisendra está olvidado...

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir. Y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, sino que parece que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y, después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

El mozo continúa relatando la historia de Melisendra, más o menos como el romance lo dice, pero con algunas variantes preciosísimas, en donde el genio del autor se ha puesto de manifiesto, con su ironía sin par y su gracia inimitable. Por ejemplo: esta relación no figura en el romance: “—¿No ven aquel moro que callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en la mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca, de pesar, sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio”. Tampoco es verdad cuanto dice el muchacho de maese Pedro, que el rey de San-

sueña sea el moro Marsilio, sino, como lo hemos visto en el romance, es Almanzor, y por tanto, no hubo tal de los doscientos azotes que dizque le dieron al atrevido que besó a Melisendra. Y tantas novedades más contó el mozo que don Quijote tuvo que reprenderlo, igual que maese Pedro. Una de las alteraciones de Cervantes —perdón—, diremos del mozo, se refiere a la manera como bajó Melisendra para encontrarse en los brazos de su esposo: "... por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da a entender que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse a horcajadas en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas, ay, sin ventura, que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo, y luégo, de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo a horcajadas, como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga a causa de que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías..."

Aquí el mozo lanza un discurso a los felices amantes que van camino de París. Tan elocuente es que parece que el mismo don Quijote hablara como solía hacerlo en sus mejores inspiraciones poéticas. Y dice entre otras cosas: "Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Maese Pedro no pudo contenerse y lo reprendió: "Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala". Don Clemente Cortejón, en su edición príncipe, que tengo a la mano, al comentar el pasaje de la bajada de la esposa cuando quedó prendida de un hierro, comenta: "Sólo el humor, perpetuo numen de nuestro novelista, pudo inspirarle, para fiesta y regocijo de aquellos espectadores, la ridícula caricatura de la fiel y pudorosa Melisendra, pendiente de un clavo por habérsele asido la punta del faldellín". Evidentemente, el romance no reza tal cosa, ni parecida siquiera, pues apenas dice:

Melisendra, questo vido | conociólo en el hablare,
tiróse de la ventana, | la escalera fue a tomare, etc.

Es curioso que don Francisco Rodríguez Marín, tan acucioso siempre, en sus comentarios al Quijote, no diga nada sobre el particular, y Clemencín apenas se contenta con decir que ese episodio no lo trae el romance.

Pero sigamos escuchando al relator. Cuenta que los guardias dieron noticia de la huida al rey... "Y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan.

"—Eso no —dijo don Quijote—. En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías..."

"—No mire vuesa merced en niñerías, ni quiera llevar las cosas por tan el cabo que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades, y con todo eso,

corren felicísimamente su carrera...? Prosigue, muchacho, y deja decir: que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol”.

El muchacho narrador enmienda la plana y cuenta cómo los amantes van huyendo, mientras suenan en el campo de los moros, trompetas, dulzainas, atabales y tambores. “Témome —agrega— que los han de alcanzar y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrible espectáculo”. Al oír estas palabras, don Quijote enfurecido, despertó sus ímpetus de caballero andante desfaceador de agravios y enderezador de entuertos y gritó que jamás consentiría tal desaguisado, que para eso estaba él allí, pues debería socorrer a tan noble pareja; y al decir esto, desenvainó su espada y arremetió contra todos los títeres del retablo, sin dejar ni uno sano, y viéronse después de la descomunal batalla, cómo Carlo Magno había perdido su cabeza y una pierna, el rey Marsillo malferido, hechas pedazos todas las jarcias, la pobre Melisendra sin brazos, Gaiferos sin piernas ni manos, otros personajes desnarigados y la barriga chorreando aserrín. Cuando el retablo quedó tendido en el campo, don Quijote echó un discurso ensalzando la caballería andante que tan presto salvó a los amantes que huían a su patria: “Miren si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen Gaiferos y de la hermosa Melisendra... Viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra”.

“—Viva, en buena hora —dijo a esa sazón con voz enfermiza maese Pedro— y muera yo; pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España | y hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía.

De paso tengo que observar que maese Pedro había oído el romance, publicado en la Colección de Amberes en 1555, y apenas conservaba en la memoria algunos versos que él los mezcló a su antojo, pues el verdadero pone en boca del último rey goda que miraba desde lo alto su derrota:

Llorando de los sus ojos | desta manera decía:
Ayer era rey de España | hoy no lo soy de una villa.
Ayer villas y castillos, | hoy ninguno poseía.
Ayer tenía criados | y gente que me servía.
Hoy no tengo una almena | que pueda decir que es mía...

En mi obra “Cide Hamete Benengeli”, cuyos principales capítulos he publicado en “La República”, en la “Revista del Rosario” y en otras, he tratado ampliamente el tema de los romances nombrados por Cervantes, y explico el por qué de los cambios en todas las citas que él hizo en su libro inmortal, pues, como dicen todos sus comentaristas, él no tenía los originales de las obras consultadas y por consiguiente las transcripciones que empleaba hacíalas de memoria. Tanto se quejó maese Pedro del daño sufrido que enterneció a Sancho, quien se sen-

tía quebrado el corazón, y consiguió que don Quijote pagase con liberalidad todos los descabros de las marionetas, y así por el rey Marsilio descabezado, pagó cuatro reales y medio, por las heridas de Carlo Magno, cinco reales y un cuartillo, por los desastres de Melisendra, dos reales y doce maravedís; por el enamorado Gaíferos otros tantos, y así hasta completar cuarenta reales y tres cuartillos, además de dos reales por el trabajo de tomar el mono que andaba por los tejados, aunque sobre este particular, dicen algunos que sirvió para que el titiritero tomase una *mona* de las que hacen historia. Y así terminó esta maravillosa escena con el contento de todos, hasta del ventero que recibió una buena paga.

V

"LAS SEÑAS DEL ESPOSO" PASAN A AMERICA

En el capítulo anterior quedamos en que el ilustre señor don Quijote de la Mancha, profundamente enojado con los moros de Sansueña por la persecución a Gaíferos y a la hermosa Melisendra, su esposa, echó tajos y mandobles contra toda esa taifa mahomética, enemiga de los cristianos y salió a la defensa de tan nobles personajes para que pudiesen salir del cerco de la ciudad e ir a París a gozar de sus amores. Ginesillo de Pasamonte, o mejor dicho, maese Pedro, se lamentaba al ver el retablo destrozado y sus personjes caídos tal vez para siempre, ¡ellos que daban el sustento diario!, mientras el mono adivino, sin darle un ardite, paseaba por los tejados de las casas, libre de la prisión que lo encerraba, como habría dicho con Fray Luis de León, si es que supiese sus maravillosos versos.

Como el titiritero de marras era algo leído, conocía algunos romances, especialmente de los viejos referentes a don Rodrigo y la Cava, pero tampoco podríamos exigirle que se ciñera completamente al original, pues su vida de saltimbanqui, de bandolero y otras adehalas no le permitían fijarse mucho en tantas minucias, y por ello quitó versos a porrillo.

Debe observarse que en los tratados de este género apenas figuran unos pocos romances relacionados con la historia del último rey godo de España, pues es sabido que la leyenda tiene tres etapas: la primera no figura en los Romanceros comunes. Se refiere a la entrada de don Rodrigo a la cueva de Hércules en Toledo (Palacio dice el original), antro misterioso que nadie había conocido antes. Cuéntase que allí encontró dibujos que representan personjes árabes con epigrafías tenebrosas, ya que al descifrarlas indican que España perdería su libertad a manos de la raza cuyos artistas habían hecho tales inscripciones, y que el toque de alarma sería cuando alguien llegara a ese lugar encantado.

La segunda se refiere a los amores de don Rodrigo con la hermosa Cava, hija del conde don Julián. Ella escribe a su padre pidiendo ven-

ganza por la afrenta del deshonor, lo que dio principio a la invasión de los musulmanes por la traición de aquél. La tercera trata de los hechos posteriores a la batalla del Guadalete cuando el rey don Rodrigo llega arrepentido a las montañas de Viso y encuentra a un ermitaño a quien confiesa su gravísimo pecado contra su patria. Este le impone como penitencia que se entierre vivo en una tumba en compañía de una serpiente de dos cabezas, que al principio no le hizo nada pero al fin lo devoró. Entonces las campanas del lugar repicaron solas, indicando así que el pobre rey había expiado sus faltas y su alma subía a los cielos ⁴.

El romance anónimo cuenta que el rey entró a la tumba; al tercer día fue a visitarlo el confesor y encontró que el monstruo no lo había tocado siquiera:

Después vuelve el ermitaño | a ver si ya muerto había.
Halla que estaba rezando | y que gemía y plañía...
Respondió el buen don Rodrigo: | la culebra me comía;
cómeme ya por la parte | que todo lo merecía...

Debo indicar también que Don Quijote acomoda el romance a su manera en la segunda parte, capítulo 33, en esta forma:

Ya me comen, ya me comen | por do más pecado había... ⁵

Como dato trascendental histórico-literario, me atreveré a dar al romance de las "Señas del esposo" una ascendencia de varios milenios antes de Jesucristo, pues nada menos que desde el "Cantar de los Cantares" atribuido a Salomón, libro que en hebreo tiene el nombre de "Sir Assiring" y que "Los Setenta" tradujeron al griego con el de "Aisma Aimaton". En el canto V, que empieza: "Yo duermo pero mi corazón vela. Es la voz del amado que me llama", la esposa dice (versículo 8): "Os conjuro, hijas de Jerusalén, que si encontráis a mi amado le digas que desfallezco de amor". Con más atrevimiento aún y con el debido perdón, voy a copiar lo pertinente de mi traducción del sublime poema bíblico:

Coro de doncellas:

¿En qué conoceremos al Amado,
oh la mujer más pura entre las puras?
¿Cuál es la distinción de tu adorado,
ya que así para hallarlo nos conjuras?

La esposa:

Mí amado se distingue entre todos. Es bello;
su cabellera es áurea, con lírico destello.

Sus ojos son palomas que en leche se han bañado,
y juegan en la orilla de un arroyo encantado.

Sus mejillas, jardines de ricas balsameras;
Sus labios son dos lirios con mirras hechiceras.

Sus dedos tienen joyas que dan cambiantes giros;
es de marfil su pecho, cuajado de zafiros.

Sus piernas son columnas del más pulido mármol,
cual si fueran del Líbano el más esbelto árbol.

Su garganta es tan suave como dulce canción.
Así es mi amor, mi esposo, ¡oh doncellas de Sión!

Coro de doncellas:

¿A dónde fue tu amado, hermosa sulamita,
para buscarlo todas y así templar tu cuita?

Y en esa forma termina esta reminiscencia del idilio más bello de todos los idiomas del mundo.

Al repasar los romances de la mayor parte de los países hispanoamericanos, encontramos este y muchísimos más que procuraremos analizar a su debido tiempo, y todos tienen sus variantes que corresponden al cambio de lugar o al nombre de personas que intervienen como protagonistas. Don Ramón Menéndez Pidal, en su viaje por estos países en el año de 1905 tuvo oportunidad de constatar esta verdad, pero, como es natural, ahora podríamos extender el tema contemplado por él en muchos volúmenes, ya que entonces, apenas pudo recorrer estas naciones como visita de médico y no tuvo tiempo de recoger sino dispersos haces de las enormes parvas del trigo de los romances españoles: Don Juan León Mera, en el Ecuador; Mariano H. Cornejo, en el Perú; Julio Vicuña Cifuentes y Adolfo Lenz, en Chile; Juan Bautista Ambrosseti, lo mismo que don Estanislao Zeballos y Ciro Bayo con su "Romancerillo del Plata", en la Argentina; Pedro Henríquez Ureña, en "Romances Dominicanos"; Aurelio M. Espinosa en los de Puerto Rico; Ramón Azebedo, en los del Brasil, y muchísimos más que podríamos enumerar hasta el cansancio, traen romances españoles de diferentes ciclos, amoldados a las peculiares circunstancias toponímicas o antroponímicas, indicadores de trashumanía de la literatura popular, para que no se crea, como superficialmente insinúan los falsos cultivadores de esta ciencia, que por haberlos oído en determinada parte, esos romances o esas coplas o esos cuentos son del sitio de donde los tomaron, y se cuidan de no investigar porque este aspecto es difícil y sálense por el camino más trillado aunque no tengan técnica de ninguna clase.

Don Vicente T. Mendoza a quien tenemos que citar con frecuencia, recogió en su "Romance Español y el corrido mexicano" once variantes de "Las señas del esposo" de los Estados de Puebla, Guerrero, Jalisco, etc., tomados del que vino de España y que según todos los datos, es original de Extremadura, en donde aparece con el título de

“La ausencia” y con los nombres de Catalina, María Teresa, María del Laurel. Al mismo tiempo se los puede hallar en el “Cancionero Salmantino” de don Dámaso Ledesma. El marcado con el número 17 empieza:

Estando yo en mi portal | bordando paños de seda,
que vi bajar un soldado | por l'alta Sierra Morena.

Cuando el soldado le habla de que su esposo ha muerto y dejó por testamento que se case con él, la esposa fiel contesta:

Eso sí que yo no haría. | Eso sí que yo no haré. . .

Termina la variante con el reconocimiento y la felicidad correspondiente. En el “Cancionero popular de Extremadura”, la protagonista es Catalina:

Estándose Catalina | sentadita en el laurel,
—Que viva el amor, | que viva el andé. . .

En el libro de Henríquez Ureña y Bertram D. Wolfe, en homenaje hecho en México a Menéndez Pidal, se le encuentra en esta forma:

Yo soy la recién casada | que no cesa de llorar.
Me abandonó mi marido | por pelear la libertad. . .

Aquí como en otras variantes, a diferencia de los tradicionales, Catalina se rinde al amor nuevo:

Por las señas que me da, | su marido es muerto ya.
En el sitio de Querétaro | lo mató un traidor francés.
—Si hace tres años murió, | otros tres lo esperaré.
Si a los seis años no viene, | qué he de hacer, me casaré.

Me puse mi enagua verde | y mi tápalo café.
Me vi en el espejo, y ¡ay! | Bonita viuda quedé. . .

De una hoja suelta mexicana:

—Mi marido se fue a viaje. | ¿No lo vido por allá?
—Señora, no lo conozco | ni sé qué señas tendrá. . .

Prosigue más o menos como el anterior, y termina:

La viuda vistió de luto, | con su tápalo café.
Y mirándose al espejo: | Qué buena viuda quedé.
Dijo: —La pego otra vez.
Ya con esta me despido | pasando por la garita.
Aquí se acaban cantando | los versos de la viudita.

En la versión limeña recogida por don Mariano H. Cornejo se lee:

Catalina, lindo nombre, | rico pelo aragonés.
 Mañana me voy a España. | ¿Qué encargáis o qué queréis?
 —Ay, caballero de mi alma, | un encarguito le haré:
 Si lo viese a mi marido, | dos mil abrazos le dé...

Prosigue el romance dando las señas del esposo; el caballero cuéntale que el marido ha muerto en la guerra de los turcos y que le dejó el "encargo de que case con ella". Imposible acceder a tal pretensión. Sus tres hijos varones se los enviará al rey, las tres mujeres se harán monjas como su madre, que irá a un convento. Y a diferencia de otras versiones, ni ella reconoció al marido, ni él se descubrió:

Aquí se acaban los versos | de una famosa mujer,
 hablando con su marido | sin poderlo conocer...

De nada servirían los anteriores datos que apenas podrían servir de erudición académica, si no relacionáramos estos romances con los que se cantan y juegan en Colombia. El de las "Señas del esposo" es uno de los más comunes entre nosotros, con las variantes consabidas. Los corresponsales de varios departamentos me dicen que son conocidos esos versos en sus respectivas sedes y me han dado "réplicas", como se dice en pintura, de extraordinaria importancia. De una manera especial he podido constatar el que se canta y juega en los pueblos de la sabana tuquerreña, y en el litoral nariñense:

Oigamé señor soldado, | ya que parece cortés:
 ¿Usté ha visto a mi marido | en la guerra alguna vez?
 —Mi señora, no lo he visto. | no lo he visto alguna vez.
 Mas si quiere, mi señora, | deme algunas señas dél.
 —Mi marido es pelirrojo, | pelirrojo aragonés,
 y en el pomo de su espada | lleva las armas del rey.
 En el Morro lo mataron, | lo mató un traidor sin ley,
 y dejó por testamento | que me case con usté...
 —El cielo no lo permita | ni mi padre San Andrés,
 que una niña de quince años | se case segunda vez.

Este romance se canta y juega en una de las rondas más célebres. Reúnense varias parejas de niños de ambos sexos, formando círculo. El que finge de soldado se coloca en el centro y la que hace la pregunta está fuera de la rueda. Todos van danzando y cantando, y al oír la contestación de la "viudita", el soldado quiere cogerla, para lo cual pretende salir, pero los brazos de todos se lo impiden. Y así continúa indefinidamente hasta que se cansan o buscan otro juego.

CAPITULO VI

LAS "SEÑAS" EN MEXICO Y EN CENTRO AMERICA

Este pequeño estudio quedaría por demás incompleto si nos abstuviésemos de citar algunos más regados en España y en toda la América, ya que en su gran mayoría la madre patria fue la fuente inagotable y fecunda de ellos, traídos por los conquistadores y más aún en la Colonia, para arraigar fuertemente en la tierra propicia, ya que la semilla castiza fructificó en el solar filial con esplendor inusitado. Por razones obvias de cronología tenemos que citar a Santo Domingo, como la "isla estrella", tanto de la Conquista como de la divulgación de la cultura, ya que según don Juan de Castellanos y Tirso de Molina, que allí residió algunos años, nos cuentan de sus primitivos poetas, y hasta de una primera revuelta promovida por el cacique Enriquillo. Como dato curioso debo anotar que nuestro prebendado de Tunja da como causa de ella, entre otras cosas,

por faltar, pues entonces fuerte gente
y usarse ya sonetos y canciones...

Sin entrar a criticar esta notoria exageración, sí hay que recordar el acervo de romances españoles que allí se aclimataron, como lo comprueban las colecciones recogidas por Rodríguez Demorizi, Flérida de Nolasco y Edna Garrido. Cuba se presenta a través de los *Ensayos de literatura cubana*, de J. M. Chacón y Calvo, como un emporio de romances amorosos principalmente, con las variantes toponimicas obligadas según las circunstancias, como se ha hecho en todos los países que recibieron a las poesías viajeras como huéspedes de honor. A propósito de las "variantes", la más libre de todas es la del mundialmente conocido de *Delgadina*, que hemos citado varias veces, sobre el padre incestuoso. La terminación española es:

Las campanas de la gloria | ya por ella repicaban.
Los cencerros del infierno | por el mal padre doblaban.

La cubana cambia hasta el nombre pero el argumento es el mismo, y termina:

Angerina se murió | en un cuarto muy oscuro,
y por velas le pusieron | cuatro plátanos maduros ¹.

En Puerto Rico, alto peñón de tradiciones españolas, que a pesar de su actual situación política no quiere dejar su puesto, vive la poesía tradicional de la Península materna, como lo demuestra doña María Cadilla de Martínez en su admirable libro *La poesía española en Puerto Rico*.

Quien mejor ha estudiado el romance español en México es el más ilustre de los folcloristas americanos, don Vicente T. Mendoza, la gloria más brillante del folclor de su patria. *El romance español y el*

corrido mexicano, además de infinidad de artículos sueltos y de libros especializados sobre temas parecidos, nos están diciendo de sus facultades investigativas inagotables, que sirven de modelo a tanto improvisado folclorista de muchas latitudes, advenedizos de la magna ciencia, que mandan a sus hijos o secretarías a copiar mal algunas colecciones populares.

Don Pedro Enríquez Ureña, ya desaparecido para desgracia de la cultura, y Bertram D. Wolff recogieron *Romances tradicionales en México* como un homenaje al glorioso don Ramón Menéndez Pidal (T. II). Sin embargo ellos mismos confiesan que "el romance tradicional ha sido sepultado por la enorme y constante floración, que en vez de disminuir aumenta con los años; de la poesía popular en México, de las canciones y de los corridos o *tragedias*, para las cuales existen hasta casas editoras especiales, dedicadas al excelente negocio del pliego suelto". Es indispensable observar, al leer estas obras con detenimiento, que la mayor parte de los romances tradicionales de este gran país son adaptaciones de los españoles, con más libertad de rimas y de situaciones históricas, generalmente acomodadas a las de su propia tierra, con un poder de asimilación del poeta pueblo, en sus narraciones y corridos y *tragedias*, como dicen allá a los desenlaces de balas y de muertes.

Esta misma situación hace resaltar Rubén M. Campos en su obra *El folklore literario de México*. La misma palabra *corrido*, tan popular entre los aztecas, no es propia sino que se usó antiguamente en España, como lo comprueba el costumbrista matritense Estébanez Calderón. Ernesto Mejía Sánchez en *Romances y corridos nicaragüenses*, que salió a luz en 1946, constata que los versos de esta clase venidos de España se aclimataron íntegramente en su tierra. De tradición en tradición se conservan con la correspondiente deformación de todo cuanto se confía a la memoria y nada más.

CAPITULO VII

LAS "SEÑAS" EN EL SUR

En donde más ha florecido el recuerdo de este género netamente español es sin duda en Argentina y en Chile, aunque debo asentar de una vez por todas, que Colombia fue un depósito maravilloso de ellos, pero desgraciadamente no ha habido hasta la fecha el "recogedor" (no el mistificador), que los estudie con las citas correspondientes, las notas obligadas y la historia complementaria que haga científica la obra.

Juan Alfonso Carrizo en sus *Cantares tradicionales de Tucumán* lo mismo que en sus otros libros: *Cancionero popular del Jujuy* y *La poesía tradicional de la Argentina*, es quien más ha recogido los romances españoles a los cuales les hizo las glosas científicas, por el aspecto histórico y de penetración psicológica. Él mismo confiesa y así lo de-

muestran sus obras, que encontró en los meandros inconmensurables de la tradición argentina "más de quince mil piezas", lo que implica un acervo superior al de la misma España, como fácilmente podría demostrarse al examinar la extensa obra de don Francisco Rodríguez Marín. En uno de aquellos comentarios jugosos explica: "Todos ellos (los cantares) revelan una tradición poética nacida al arrullo del romance clásico que los soldados y misioneros de la España grande, en los siglos xvi y xvii trajeron al Nuevo Mundo". Don Ismael Moya, uno de los más estudiosos folcloristas argentinos, en su *Romancero*, completa la información anterior para demostrar la enorme riqueza de la poesía popular de aquella gran república. Juan Draghi Lucero es otro afortunado rebuscador de estos tesoros populares de allá, como lo comprueba su *Cancionero popular jujuyano* ².

Seáme permitido también rendir tributo de admiración al ilustre pueblo chileno, depósito inigualable de aquellas tradiciones poéticas, ya que en esa tierra vive y palpita como en Colombia, y especialmente en el Departamento de Nariño, el alma española con todo su dejo inconfundible de nostalgia evocadora, que es la base del folclor de cada país. Don Julio Vicuña Cifuentes en sus *Romances populares y vulgares* encontró infinidad de éstos, nacidos en España y llevados por los colonizadores y que arraigaron en la buena tierra araucana, hasta llegar a compenetrarse de ellos y producir otros por el estilo, con las acomodaciones correspondientes.

En el prólogo de su citado libro explica el por qué de su dedicación a este género folclórico. Dice: "Hace doce años, más o menos, cuando ni aún podía yo pensar que hubiese en la tradición oral chilena romances populares españoles, un discípulo me llevó a la clase una estragadísima versión del romance *El reconocimiento del marido*... Seguro de que estos viejos cantos existían en nuestra tradición popular me di a buscarlos, y al llegar a Santiago don Ramón Menéndez Pidal en 1905, le entregué doce o quince versiones que había recogido. El mismo señor Menéndez, guiado por mí, pudo interrogar a varios individuos del pueblo y recoger personalmente algunas variantes". Más adelante cuenta que por la actividad posterior que desplegó pudo recoger unas doscientas cincuenta versiones ³.

Entre los romances novelescos, encontró infinidad de ellos que demuestran, como es natural, que esos llegaron al país en diversas épocas ya con las respectivas variantes, como sus siete de *Delgadina*, las nueve del *Reconocimiento del marido*, que es el que más nos interesa por ser materia del presente estudio; las once de *Blanca Flor* y *Filomena*, las seis de *La mala mujer*, las cinco de *La adúltera*, las tres de *La penitente*, las seis de *La muerte del señor don Gato*, las cinco de *La fe del ciego* y muchas otras más de larga enumeración.

Con respecto al *Reconocimiento del marido* dice don Marcelino Menéndez Pelayo: "... Su expresión más poética y más antigua está en *La Odisea*", pero al mismo tiempo habla de que los pormenores de la leyenda indican que pudo haber tenido origen en la transmisión directa de algún tema original, nacido no se sabe dónde". La bibliografía del suceso en forma de romance es tan rica que bien se podría formar un libro con este solo tema, ya que lo vemos copiado en sus diversas

formas por Deppeing en su *Romancero*; en Durán, en Menéndez Pidal (*Colección de viejos romances*); en Menéndez Pelayo⁴, en Giro Bayo, en Milá, en Pereira D'Costa (*Folklore Pernambucano*); en Gianini, con su *Canti popolare toscani* y más de treinta obras citadas por los diversos autores, pero que son de difícil consulta.

En los cancioneros o romanceros de España he encontrado una variante de esta leyenda que no figura en los capítulos relacionados con las del título indicado. Me refirió al de *La Condesita*, que empieza:

Grandes guerras se publican | en la tierra y en el mar,
y al conde Flores le nombran | por capitán general.
Lloraba la condesita, | no se puede consolar.
Acaban de ser casados | y se tienen que apartar...

El padre de la desposada le recuerda que hace muchos años partió su esposo y no ha vuelto, por lo cual debe contarse ya como una viuda...

Carta en mi corazón tengo | que don Flores vivo está.
No lo quiera Dios del cielo, | que yo me vuelva a casar.

Pide ella licencia a su padre para ir a buscar al esposo. Se vistió de tosco sayal como una romera. Anduvo por toda la morería y la cristiandad sin tener señas de él, hasta que al fin, en un valle encontró un gran vacada. Preguntó de quién era, y el vaquerito díjole:

Del conde Flores, romera | que en aquel castillo está...
De la guerra llegó rico; | mañana se va a casar...

Después de caminar todo el trecho llegó al castillo y encontró al conde que no la reconoció:

Dame limosna, buen conde, | por Dios y su caridad.
—Oh, qué ojos de romera, | en mi vida los vi tal.
—Si los habrás visto, conde, | si en Sevilla estado has.

Inquiere el conde por su tierra y la esposa sin darse a conocer le cuenta lo que se dice de él...

Echó la mano al bolsillo, | un real de plata le da.
—Para tan grande señor, | poca limosna es un real.
—Pues pida la morenica, | que lo que pide tendrá.
—Yo pido ese anillo de oro | que en tu dedo chico está.
Abrióse de arriba abajo | el hábito del sayal.
—¿No me conoces, buen conde? | Mira si conocerás
el brial de seda verde | que me diste al desposar.

Viene el reconocimiento, con la consabida escena de amor arrepentido. La novia baja de sus habitaciones:

¡Malhaya la romerica! | ¿Quién te trajo por acá?

El esposo la defiende y dispónese a regresar a su tierra, dejando a la novia en el castillo:

Quédese con Dios la novia | vestidica y sin casar;
que los amores primeros | son muy malos de olvidar!

La versión colombiana que tengo en mis archivos es mucho más linda todavía y la terminación más natural:

¡Que los amores primeros | no se pueden olvidar! ⁵

En la Argentina, según los autores citados, se cambiaron los nombres de los protagonistas:

Estaba Catalinita | sentada bajo un laurel.

Y después de que el “viajero”, que no es otro que su esposo, pero que no la reconoció, aunque convencido de la virtud de ella, dicele:

—Calla, calla, Catalina. | Cállate infeliz mujer,
hablando con tu marido | ¡sin poderlo conocer! ⁶

CAPITULO VIII

LAS “SEÑAS” EN NORTE AMERICA

Como un recuerdo de la antigua hispanidad de California, Aurelio Espinosa, en su libro *Homenaje al sabio Menéndez Pidal*, cita el siguiente:

—Caballero, por ventura | ¿conoce usted a mi marido?
—Señora, no lo conozco, | ni sé de qué señas es... ⁷

Es muy sabida la variación colombiana que cogió don Benigno A. Gutiérrez:

Yo soy la recién casada, | que nadie me gozará.
Me abandonó mi marido, | por seguir la libertad.

Pregunta al soldado desconocido si él ha visto al esposo, para lo cual da las consabidas señas:

—Sí señora, sí lo he visto, | hace tiempos que murió.
En la plaza 'e Cartagena | lo mató un inglés traidor.

—¿Ahora qué haré yo? | Me vestiré de café,
me miraré en el espejo, | qué hermosa viuda quedé ⁸.

En Cuba, según Chacón y Calvo, empieza:

Buenos días, señor soldado. | ¿Qué se le ofrece a usted?

Después de las consabidas señas viene el reconocimiento:

No te cases mujer mía, | no te cases, Isabel,
que aquí tienes a quien buscas, | aquí está tu esposo Andrés ⁹.

En Nicaragua, por las transcripciones que hace Mejía Sánchez, la esposa abandonada pregunta al soldado por su marido. Sigue como en los demás, y termina:

Por las señas que me ha dado | su marido muerto es,
y en el testamento deja | que me case con usted ¹⁰.

Emilia Romero publicó la versión peruana, que termina:

Ay Jesús, los santos cielos, | San Antonio y San Andrés,
que una niña de quince años | se case segunda vez ¹¹.

En Puerto Rico:

Catalina, Catalina, | blanca flor de Alimané.
Mañana que voy a Francia, | ¿qué mandáis y qué queréis? ¹²

De Santo Domingo:

Yo soy la recién casada | que no cesa de llorar.
Me abandonó mi marido, | por amar la libertad.

Es digno de observar que esta versión es muy parecida a la colombiana, citada anteriormente, pues casi empieza lo mismo. Habla "el soldado" de que al "marido lo mataron en Cartagena", y termina diciendo que todavía es una linda viuda:

Ya se murió mi marido, | tan solita yo quedé;
y me miro en el espejo: | ¡Qué joven viuda quedé! ¹³

En Venezuela:

Señora, me voy a Francia, | señora ¿qué manda usted?
Señor, yo no mando nada, | agradezco su merced.
En Francia está mi marido, | saludos le mandaré.

Cuando le pide las señas, contesta la esposa:

Mi marido es un mocito, | muy galán y muy cortés.
Anda en un caballo rucio | que le regaló un francés.
—Yo conozco a su marido. | Creo que difunto es;

en una mesa de juego | lo ha matado un genovés.
 Mucho lo sintió la reina | y mucho lo sintió el rey,
 ¡y mucho más lo ha sentido | la hija del genovés!

—Siete años yo lo he esperado, | siete más lo esperaré,
 y si a los siete no viene, | a monja me meteré.

El marido entonces dase a conocer, feliz de descubrir la fidelidad de su querida esposa ¹⁴.

Así podríamos continuar nuestra romántica peregrinación por tierras de nuestra América española, y nos sobraría campo para llegar al Brasil en donde hemos encontrado los mismos romances, venidos de su madre patria, como lo comprueba el gran folclorista portugués Teófilo Braga. En nuestra ensoñada peregrinación llegaríamos sin dificultad a Francia para contemplar de cerca el ciclo del emperador de la Barba Florida, y de los Doce Pares. Ya hemos recordado a la Toscana, y nos podremos detener en la Selva Negra, en donde las leyendas viven todavía queriéndose despertar de su sueño milenario, y sin esfuerzo tocaríamos a las puertas de Albión, la rubia, y la verde Erin, para ir a soñar después a las tierras de Escocia, en compañía de Walter Scott.

Para terminar por el momento el viaje legendario, nos quedaremos unos breves instantes en Norte América acompañados de Longfellow con su *The Compleat Poetical Works* ¹⁵, seguido de cerca por Paul G. Brewster en sus *Ballads and Songs of Indiana*, y especialmente por el famoso libro *Folk songs of The South*, en donde encontré el mismo romance de *Las señas*, con el título de *A Pretty Fair Maiden* (Una doncella bonita y rubia), que empieza:

A pretty fair maiden aout in a garden,
 Abrisk young man she chanced to see...

La doncella en el jardín vio a un gallardo joven que la requiere de amores y le ofrece matrimonio. Ella le cuenta que su esposo se fue a la guerra y que hace tres años está ausente. Como le dijera el galán que aquel tal vez muriese en alguna batalla o ahogado, o si vive es seguro que se haya vuelto a casar, la esposa fiel contéstale:

If he is married, I love him dearly,
 I love the girl he is married to;
 If he is drownet I hope he is happy,
 no other man shall enjoy me.

La esposa de la leyenda americana se muestra más amante que las hermanas españolas o del resto de América. Imposible pedir más amor, pues llega hasta el más sublime sacrificio. Sería capaz de querer a la nueva esposa, ya que es amada por él; si se ha ahogado será feliz en la eternidad. Ningún otro hombre gozará de su amor. En la penúltima estrofa saca el galán un anillo partido y ella reconoció que

quien estaba hablando es su esposo, y llena de ternura y emoción cayó a sus pies:

He picked her up for to embrace her,
and gave to her those kiss three,
saying: "I am the poor single soldier,
just come from the war to marry thee".

La ternura de los dos versos finales llena de emoción el espíritu más empedernido. Se siente vibrar el amor con todos sus élitros sonoros: "Soy el pobre singular soldado que llega de la guerra para unirse a ti"¹⁶.

CAPITULO IX

EL ROMANCE A LOS PIES DE DON RAMON

Todo lo anterior está probando simplemente el viaje poético de las leyendas, cuentos, romances, que nacidos en tierra feraz, no corren sino que vuelan por todas partes, llevando la emoción de sus historias de amor o de dolor, que son patrimonio de la humanidad, y que muchos de ellos tienen solar propio, aunque han llegado de pasajeros del ideal, porque la semilla podía fructificar en tierras hermanas, alumbrados con el fuego de la misma espiritualidad poética sin consumir el corazón humano que en estos tiempos prosaicos hace esfuerzos por sonreír un poco.

Para estar al unísono con la necesidad estética del supremo consuelo de la Literatura, me he dado a recoger más de cien romances antiguos, con sus variantes y comentarios, como un homenaje retardado al más ilustre de los españoles vivientes, gloria de la raza y esplendor de la humanidad intelectual del mundo: no hay para qué decir que me refiero a don Ramón Menéndez Pidal, el más sabio recopilador y comentador de los romances¹⁷.

VÍCTOR SÁNCHEZ MONTENEGRO

NOTAS

¹ José M. Chacón y Calvo. *Ensayos de literatura cubana*. Madrid, Edit. Saturnino Calleja, 1922, pp. 91 y ss.

² Juan Alfonso Carrizo. *Cancionero popular de Jujuy*. Tucumán, 1934, pp. CVI y ss. P. 414. *La poesía tradicional argentina*. La Plata, 1951, p. 315.

³ *Romances populares y vulgares*, recogidos de la tradición oral chilena, por don Julio Vicuña Cifuentes. Santiago de Chile, 1912, p. XVII.

- ⁴ *Antología de poetas líricos castellanos*. Ed. preparada por Enrique Sánchez Reyes. Santander (España), MCMXLV.
- ⁵ *Romances y canciones de España y América*, por Luis Santullano. Buenos Aires, 1955, p. 115.
- ⁶ Carrizo. *Cancionero popular de Tucumán*. Edic. citada. T. I, pp. 355/6.
- ⁷ Espinosa Aurelio. *Los romances tradicionales en California*. Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal. Madrid, 1925. T. I, pp. 303/4.
- ⁸ Benigno A. Gutiérrez. *Arrume folklórico de todo el maíz*. Nueva edición. Imp. Universitaria, Medellín, p. 102.
- ⁹ Chacón y Calvo. Op. cit., p. 108.
- ¹⁰ Ernesto Mejía Sánchez. *Romances y corridos de Nicaragua*. Imp. Universitaria, México, 1946, p. 31.
- ¹¹ Emilia Romero. *El romance tradicional en el Perú*. El Colegio de México, 1952, p. 70.
- ¹² María Cadilla de Martínez. *La poesía popular en Puerto Rico*. (Tesis doctoral). Univ. de Madrid, pp. 190/1.
- ¹³ Edna Garrido. *Versiones dominicanas de romances españoles*. Ciudad Trujillo, 1946, pp. 46/7.
- ¹⁴ Isaac J. Pardo. *Viejos romances españoles en la tradición popular venezolana*. Revista Nacional de Cultura, N^o 36, de 1943, pp. 51/2.
- ¹⁵ *The Compleat Poetical Works of Longfellow*. The Riverside Press, Cambridge, Massachusetts, S. A.
- ¹⁶ Paul G. Brewster. *Ballads and Songs of Indiana*. Folklore Series N^o 1. Indiana University, Bloomington, 1940, p. 316.
- ¹⁷ *Los romances populares españoles en Colombia*. V. S. M. Lista para la imprenta. Contendrá más de 500 páginas.